

Intelectualizada la vida, ¿será más sabia? Es muy difícil contestar á esta aparente paradoja. Yo sé bien que para los técnicos y profesionales, la música de Arrieta, de Barbieri y Gaztambide es de una pobreza (inocuidad, que ahora decimos) abrumadora y aplastante. Es casi imposible que una pianista precoz, que á los quince años tiene sobrado ejercitados todos los dedos, halle encanto en las melodías ingenuas que subrayan el vuelo de las aves marinas ó las nostalgias del soldado en el campamento. Un dúo en que se dice que el desdén es acero de doble filo, ó una romanza en donde se lamenta la ausencia de una mujer hermosa, entrevista al pie de una enramada, son, en verdad, cosa baladí en una sociedad que lucha por el pan con el rostro y las uñas, y en donde es menester combinar infinitos acordes disonantes para ocupar un lugar en la más diminuta orquesta. No obstante, Arrieta, Barbieri, Gaztambide, Chapí, Caballero, nos hicieron sentir. Ved aquí el secreto de su popularidad inaudita. No pidamos los refinamientos de la moderna culinaria al fruto desprendido del árbol, ni al sorbo de agua refrigerante bebida ansiosamente en el caz. Es mejor el coñac, ¿qué duda tiene? Sino que no sabe lo mismo.

Sencillas, paupérrimas, con su canturía monócorde, aquellas melodías han sido engarzadas por nosotros en el relicario de nuestros recuerdos. Están unidas al despertar de nuestras pasiones candorosas; las hemos evocado en la ausencia, en la soledad y en el abandono. Posible es que algún día, viejo y atribulado, cante algún actual abonado de Eslava, con las lágrimas en los ojos, la canción de la regadera, y ello no será ciertamente ridículo. Los autores de la zarzuela española nos evitaron ese sonrojo, procurándonos temas inge-

nuos, frases tiernas y primitivas, que no hacen mal en nuestros labios trémulos, acompañados por nuestras manos rugosas y frías. Porque, siendo infantiles, tienen un tinte crepuscular que cae bien á nuestra melancólica decadencia.

Richter ha dicho que toda verdadera poesía es romántica. Y en verdad, estamos sedientos de poesía en este combate de todas las horas, en esta prosaica actividad que nos aniquila y consume, en esta mutua desconfianza que nos degrada y envilece. Llega un día en que nos sentimos fatigados y tristes, en que buscamos la soledad y demandamos á nuestro cerebro sonos medio olvidados y cantos que se perdieron en una misteriosa penumbra. Es grato entonces, cuando sentimos el anhelo de olvidar la complejidad de la vida social y de resucitar nuestros muertos afectos y nuestras soñadas idealidades, tener algo que recordar más puro, más hondo y exquisito que el tango famoso del pom pom.

No es sólo un teatro lo que está consumiendo el rescoldo. Es todo el teatro. Preguntad á los empresarios, á quienes el interés impide engañarse, si es posible hacer temporada completa en ninguna capital de provincia, incluso Barcelona, con obras en tres actos. El moderno salón, tinglado sin arquitectura ni ornato, sin orquesta, ni decorado, ni indumentaria artística, mata á los grandes coliseos. Es un hecho, como lo es que entre todos esos salones triunfa aquel en donde las obras son «chistosas», es decir, groseras, y si es posible, aquellos en donde puede el espectador reír y alborotar á su buen talante. Venirnos ahora con costas de Levante, barberías del Avapiés ó arrogancias de Rouget de l'Isle, sería candidez é ignorancia supina. Sabemos demasiado. Estamos al cabo de la

calle; no se nos conmueve ya á tres tirones. Reiremos, y ya es bastante, aun cuando sospechamos que en la payasada de la vida no siempre acierta á reir mejor el que ríe el último.

Entretanto, vosotros, los inteligentes, los sabios, los iniciados en todas las técnicas, permitid á los ignorantes y humildes que nos descubramos ante un universo ideal que se nos desmorona en cenizas, y que, secando en nuestros párpados temblorosos las lágrimas, pidamos al impío y funesto Varo, que ruga en el rescoldo, que nos vuelva nuestras destrozadas legiones de ensueños.

El mercado de la pesca

Tres franjas de color. Una de un gris encima, de un azul intenso y móvil, el mar; luego otra más ancha, más luminosa, más espléndida, el cielo.

Sobre la más azul aparece una fila de cascotes gallardos, recortados hasta la quilla, varada en la arena. Son los faluchos de los pescadores que levantan sus arboladuras gemelas; todas enhiestas, todas prendidas, con las mallas oscuras colgadas á secar de los mártiles. Parece una fila de cetáceos, sobre los cuales se hubiera clavado otra de cruces pardas; cruces de brazos dobles que se destacan sobre el cielo con un paralelismo vertical majestático.

Y la luz de la tarde, de una tarde otoñal, espléndida, da al conjunto tonalidades vividas que recorren toda la gama del rojo, del gris y el azul. Parece parpadear entre las altas arboladuras, centellear en los cristales perdidos en el suelo are-

nisco, sombrearse con difumaciones fantásticas en las quillas panzudas de los faluchos. Un rumor sordo de oleajes bravíos subraya el aleteo de las gallinetas, la salmodia del viento en las jarcias y el monótono canto de los hombres del mar, que hacen la selección de la pesca para colocarla en redondas bandejas de mimbres.

Unos pasos al frente por entre los cascotes de las lanchas, y se sale al borde de las aguas salobres. Ya no se ve sino el mar y el cielo. Una inmensa extensión de mar serena baña la costa circular, el inmenso golfo de Barcelona. Se extiende como una bandada el caserío blanco, agrupado como un rebaño de gaviotas presto á lanzarse al espacio en aleteos trémulos.

El panorama recuerda el de Niza, y aun más el de la bahía gaditana. Ebrio de luz y de grandeza, el espectador aspira á pulmón pleno el ambiente saturado de oxígeno y de perfumados olores á mariscos, á húmedas algas, á flores entreabiertas, cuyos aromas envían las plantas rosáceas desde los cercanos jardines.

En aquel horizonte abierto, ante aquel inmenso fanal, hay que recordar á ese medio millón de obreras solitarias encerradas entre cuatro paredes en las grandes ciudades, condenadas sobre el tejido, el papel ó el cartón, á eterno monólogo sin ambiente y sin luz. Desfallecientes sobre una labor embrutecedora, jamás han visto el mar, ni los bosques, ni los horizontes centelleantes, ni los escondrijos que Ruskin llamaba tónicos. ¿Cuándo habrá quien se ocupe en organizar colonias obreras femeninas? Pero ¡si todavía es casi un proyecto la colonia escolar!

Retrocedamos. Playa arriba, el espectáculo cambia. Lo que ahora vemos es un ancho paseo de

palmeras, con sus ramas lujuriosas y bizarras. Detrás, el caserío de la ciudad próspera y activa. Lo pregona un bosque de chimeneas. Es cierto que allí, en esas fábricas, hay niños condenados durante diez horas á aspirar vapores de arsénico ó polvo de lana. No pensemos en ello: Otro espectáculo reclama nuestra atención entera.

Un grupo de marineros, de aldeanos, de vendedores, forma un extenso círculo, señalado por una empalizada. Es el mercado de la pesca. Nada más nuevo, más extraño y más sorprendente. Sin autoridades, ni guardias, ni reglamentos, allí se hace todo bajo la más severa disciplina. El pueblo no necesita de coacción para observar una ley inflexible que se impone á sí propio; menos necesita de la fuerza. En esto tiene razón Kropotkine. La venta del pescado se verifica con arreglo al más curioso é inalterable ritual. Se hace por subasta. En medio del corro están las banastas, en que argentean los arenques ó lucen los salmonetes sus vientres rosados. Los lenguados, las pescadas, los calamares, se agrupan en ruedas de indescriptible alineación y policromía. El patrón se adelanta y señala una cesta.

—¿*Quán vòlen donar?*—pregunta.

Pero todos callan. La subasta no se hace mejorando ofertas. Es, por el contrario, por el sucesivo descenso del precio de la oferta como se verifica el remate. Cada cual ha calculado lo que puede dar por lo subastado y espera que el patrón vaya diciendo cantidades más pequeñas de cada vez, para cerrar el trato.

—*Aqueixas dugues*—dice el subastador arrodillado en tierra—. *¿Qui valen? ¿Vingt rals? ¿Dinou? ¿Dia sept? ¿Seitxe?*

—*¡Prou! ¡Mevas!*—grita un comprador. La ba-

nasta queda vendida. Entretanto ni una sola palabra, ni el menor rumor interrumpe la solemnidad de la venta. El patrón dice los precios con rapidez, como quien necesita no perder tiempo. Ninguna banasta tarda en venderse más de dos minutos.

Ni un choque, ni la menor polémica. Si dos compradores señalan un precio, *¡cara ó creu!* Una moneda gira en el aire y queda resuelto el conflicto.

De pronto, á seis ó siete metros del corro, pasa rugiente y veloz el expreso de Francia. Tras los cristales de los vagones gigantescos se ven caras blancas, aderezadas con esmero, que expresan la indiferencia por lo que ven. Los pescadores tampoco hacen caso del monstruo que pasa. Son dos mundos aparte, y basta visitar una vez el suyo para comprender que no es el peor.

Los Reyes Magos

Vendrán los Reyes. ¿No han de venir? Llegarán silenciosos, pausados, jinetes en sus lucios corceles piafantes, seguidos de esclavos etíopes, llevando del rendal á los dromedarios. En la noche magna y constelada llegarán rasgando las nieblas, alzando en sus manos oferentes las copas cinceladas, dejando tras sí perfumadas estelas de mirra. Descansad tranquilos, mis pequeños amigos; llegarán los Reyes, y dejarán su ofrenda en vuestro balcón.

Si acaso la inquietud os despierta al salir el sol y escucháis pasos cautelosos, rechinar los goznes, temblor de vidrieras agitadas por manos inseguras, ecos de risas ó de suspiros, no lo dudéis: son ellos, los Reyes, los únicos Reyes cuyo imperio es amable, porque reinan lo que dura un claro de luna y

abdican cuando parpadea en Oriente el lucero azulado que anuncia el alba matinal.

Porque ya lo veréis cuando, pasados algunos años, tengáis que sujetaros á la férula ingrata de un vulgar pedagogo. Ha habido muchos reyes; la historia de sus proezas y de sus glorias va enlazada á la de la miseria de los pueblos; el relato de sus guerras y sus conquistas está escrito con lágrimas. Sólo esos tres Monarcas de ensueño, que se llaman Melchor, Gaspar y Baltasar, han alzado su trono sobre candores y alegrías; son Reyes compasivos y afables, que derrochan sus inagotables tesoros y nunca piden cuentas; soberanos que esquivan ruborosos la gratitud y llegan de puntillas para no despertar á sus súbditos.

Este año se les ha anticipado un visitante invisible y cruel. De noche, cuando el cierzo hiela el rostro del transeunte, cuando alza para esquivarle la cabeza, ve muchos balcones iluminados con luz rojiza. La luz roja denuncia al huésped malhechor; le acompaña la fiebre; no pocas veces le sigue de cerca la agonía. Es el sarampión. Escuchad á las madres temblorosas: Madrid está infestado. Hay que velar al pequeñuelo, espiar sus menores movimientos, para evitar que el frío traiga la bronconeumonía infecciosa. Y pronuncian la bárbara palabra con terror, sintiendo un escalofrío en la médula, con los ojos llorosos y el labio balbuciente. Sólo en este mes han muerto quinientos pequeñuelos. Para ellos no habrá caravanas de Reyes, ni juguetes, ni dulces; solamente habrá flores; flores pálidas, mustias, invernales, de pétalos desfallecidos y mustios, que habrá regado el llanto de una madre, herida de muerte en el corazón.

Y los padres... Los padres lloran algunas veces; otras no se atreven á tanto. Se resignan y juzgan

inevitable el azote. Es más fácil abrir el balcón á los Reyes que cerrárselo á los intrusos. Para lo primero, basta un insignificante dispendio; para evitar la enfermedad, es preciso constancia, saber, energía. Es ya mucho pedir. Habría que investigar las causas que encarecen la vida, que hacen anti-higiénicas las viviendas; todo ello es pesado, difícil y acarrea tal vez enemistades. En la calle hay malos olores, que nunca en Madrid se percibieron. Ulecia, Benavente, Tolosa, pudieran decirnos por qué. No se lo preguntamos. Si el niño se muere, será porque Dios quiso. La misma diosa ciega que que guía á través de la noche á los Reyes Magos, ha guiado esta vez á la parca. ¡Qué hemos de hacerle! ¡Estaría de Dios!

Así, cuando pasan los años y un rayo de luz disipa la leyenda, ¡qué estúpidos nos parecen los buenos de Melchor, Gaspar y Baltasar! Ellos, que trajeron soldados de plomo y muñecas parlantes á los niños, ¿no pudieron traer á los padres un poco de previsión y cordura? Cuando subieron hasta el tejado y dejaron sus marionetas en la ventana de la buhardilla, ¿no pudieron tapar con su turbante el hediondo tubo ventilador? ¿Cómo no se les ocurrió escribir á los progenitores del niño que su vivienda era malsana, que el niño no debía comer carne ni beber vino, que debían trabajar sin descanso para poner á su alcance la higiene y protestar contra las autoridades y los gobiernos que la hacen imposible? Nada; llegaron, depositaron en el balcón su ridículo sonajero y su automóvil de hojalata y dejaron al niño sin abrigo quizá, sin alimentación suficiente; á los padres, en su estulticia, y á los gobiernos, en su explotación. Reinaron una noche; pero lo hicieron á escondidas, y la dictadura les salió á los pobres bastante mal.

A otros hogares, donde no hay madre, sino madrastra, llegaron también silenciosos, y al niño, sediento de caricias y besos, le dejaron un rompecabezas; y en aquellos otros en donde falta alimento y abrigo, pusieron junto á la ventana carcomida una medallita del Corazón de Jesús. Y por delante de otras pasaron mudos, cejijuntos, hostiles; aun á los mismos Magos les repugna la extrema miseria. Melchor no es altruísta; es este su menor defecto. En los balcones del principal pone juguetes regios; en el piso segundo, modestos, y en el tercero, humildes. A los pisos de arriba no llega la joroba del dromedario; si acaso, alcanzan cosas de papel.

Dormid, hijos míos; la noche avanza, el cierzo sopla y las estrellas mismas parece que tiemblan de frío. Soñad con la leyenda. Soy joven, soy fuerte; los Reyes vendrán; vendrán en sus caballos piafantes, que enredan en sus crines las nieblas; vendrán seguidos de esclavos etíopes en gigantes camellos de marcha pausada y ritual. Llegarán los monarcas orientales trayendo en sus manos oferentes las copas cinceladas, dejando tras sí perfumadas estelas de mirra... Confiad en las áureas leyendas y en los soberanos de ensueño: ellos llegan siempre que un niño es feliz. Pero antes de dormiros pensad en vuestros padres y pedid á Dios, por si acaso, que vivan mucho tiempo...

La Gloriosa

Nuestra quinta estaba situada á unos cuantos kilómetros de Madrid, y se extendía en un gran cercado, como de unas tres y media hanegadas; en gran parte de este terreno, convertido en huerta,

había un jardín frondoso, á que Daniel, el hortelano, llamaba pomposamente el *Parque*. Delante de éste había una gran explanada, desde la cual se veía á lo lejos Madrid, con sus cúpulas elevadas y sus reflejos de cristalería. Limitábase la explanada al saliente por un verdadero bosque de chopos y plátanos, á cuya sombra leía yo á los ocho años *La redención del esclavo*, *Las ruinas de Palmira* y *La moral universal*, por el baron d'Olbach.

A Norte y Sur se alzaban dos grandes edificios: uno era la vivienda; en otro estaba el gimnasio, las cocheras y otras dependencias de la finca. Delante de ambos se extendían dos filas de copudas acacias y lustrosos evonimus. Al Poniente estaba la verja y puerta de ingreso. Una ligera capa de arena rojiza cubría la explanada. Aquel era mi picadero.

Todas las mañanas montaba una jaca alazana de no mala presencia y daba mis paseos por el *Parque*, en donde me saturaba de aromas y saciaba de trinos. Luego volvía á la explanada y allí obligaba al manso animal á agitar su remo fino y nervioso, como si contara, á alzarse para dar la vuelta de tornillo y á arrodillarse resoplando, ni más ni menos que los caballos de los circos ecuestres.

Un día de Septiembre del año 68 recibimos orden de trasladarnos á Madrid. Aquello no me agradó poco ni mucho; en Madrid no tenía jardín, ni gimnasio, ni jaca, ni moral d'Olbach. Además, en mi imaginación de nueve años, la corte se me representaba como la ciudad de la angustia y del sobresalto. Recordaba con desabrimiento y terror las primeras impresiones allí recibidas: el cólera del 65, que sobrecogió á las gentes hasta el punto de dejar las calles desiertas; la noche tenebrosa de San Daniel, en que salimos á oír la serenata y hu-

bimos de guarecernos en un rincón del viejo convento de la Trinidad para no ser atropellados por los caballos de la *Veterana*. Por fin, la revolución del 22 de Junio, día en que hubo que sacar los colchones á los huecos de la fachada para librarnos de las descargas de fusilería. De todo aquello una sola cosa sacaba yo en limpio: que estábamos en poder de frailes y monjas, que había mucho tuno y que Prim nos iba á salvar á todos, ayudado por otros señores muy buenos, entre los cuales estaba (asómbrense ustedes) ¡Sagasta!

No habíamos hecho sino llegar á Madrid cuando entró en la sala el criado gritando: *¡Ya corre la gente!* Aquel *ya* valía una Restauración. Nuevos sustos y ahogos; mi padre estaba fuera de casa y temíamos no se le hubiese echado encima algún veterano de los pitados el 10 de Abril. Poco tardó en llegar muy contento (había sido jefe de barricada el 54), diciendo que Serrano había cascado las liendres á Novaliches y Lacy en Alcolea, que la Marina se había *pronunciado* con Prim y Topete y que los Borbones... en fin, lo que luego escribieron sobre las rejas de la Casa Aduana Ducazcal ó Romero Robledo.

Todos nos alborotamos. Comenzaron á pasar músicas y carros con banderas. Al frente de un grupo iba á caballo un señor que, según me dijeron, era Pucheta. Tomó unas copas sin apearse en la taberna del 35 (calle de Atocha), y dijo algo que no pude entender. Hoy me figuro lo que sería.

¡Vaya un entusiasmo! ¡Qué vivas! ¡Qué abrazarse los unos á los otros! Pronto me disgustaron dos cosas: la gente comenzó á romper los faroles que tenían coronas y algunos escaparates que ostentaban el escudo de real proveedor. Luego aparecieron muchos hombres con escopetas, y enfrente

de Fomento fusilaron varios retratos. Supongo que habrán colocado otros nuevos. Aquella noche había ya batallones improvisados de gentes vestidas de la manera más bizarra. Tres vi pasar, lo menos, desde el café de Zaragoza, precedidos de murgas que entonaban patrióticos himnos. Aquello tal vez sería muy ridículo; á mí me pareció muy hermoso y sublime. Era un pueblo que despertaba, y los acordes de aquellos himnos se me antojaban un canto heroico á los ideales modernos lanzados en los albores de una España nueva.

Madrid, ¿cómo lo diré? *tenía otro color*. Color de población alegre, candorosa, como niño á quien sacan de su encierro para enseñarle un montón de juguetes. Los balcones se iluminaron, y nosotros fijamos también en las palomillas los faroles de aceite que hoy, empolvados y rotos en el desván obscuro, yacen esperando en vano un altar. Fueron ocho días de fiesta, de embriaguez, de locura, de encender candelillas á Prim y de hacer chistes á expensas del padre Claret y de sor Patrocinio, de Marfori y de no sé qué señora Paquita que debía ser grande amiga de los tales. Ocho días de hablar de soberanía nacional y de las quintas, y de los consumos, y del manifiesto de Cádiz, con aquello de: «Queremos poder decir las causas de las supremas resoluciones á nuestras esposas y á nuestras hijas.» ¡Ah, qué infantil y qué hermoso era todo aquello!

Pero á los ocho días volví á la quinta. Daniel nos recibió con un enorme fusil Berdan, que había cogido en el Parque, no en el nuestro, sino en el de San Gil. Pretendi montar á la jaca; ¡que si quieres! Ocho días de cautividad no más había necesitado para sublevarse, así como el pueblo español había necesitado diez y nueve siglos. Aquello era

lo que había que ver; tuvimos que hacer con ella lo que luego se hizo con la Revolución: venderla. Claro es que ya de ella no queda ni polvo. ¡Pobrecilla! Murió sin conocer los tiempos de Azcárraga y el padre Montaña, sin ver los frailes y los cupos de ochenta mil hombres, los registros y los cachecos!

Cosas de antaño

No era precisamente á la hora del *vermouth*, sino bien entrada la noche, cuando abría sus puertas aquel teatro del Recreo instalado en los tiempos de la sublevación de San Gil en los solares de la lóbrega calle de la Flor. El público entraba en el café contiguo, y creo recordar que allí se entregaba á los consumidores una localidad, ni más ni menos que algo más tarde en el saloncito ni limpio ni seguro de *La Infantil*. Todas las noches acudía el público á aquel espectáculo dividido en secciones, en que solazaban al público Luján, Vallés y Riquelme con chistes calificados á la sazón de atrevidos y que hoy parecerían sobrado candorosos á los censores menos tolerantes.

Ni era solamente el fraccionamiento del espectáculo lo que alarmaba á los pudibundos y regocijaba á los despreocupados. Aquello, como después lo de Variedades, rompía abiertamente con las costumbres teatrales. Las gentes venían habituadas á los convencionalismos pudibundos de Eguílaz, San Juan, Camprodón y Rubí. Había escandalizado *El tejado de vidrio*, obra en extremo cándida, y aun se había aplaudido con cierto resquemor *Pan y toros*, zarzuela en que se censuraba á la aristocra-

cia y se insinuaba el derecho del pueblo á intervenir en los negocios públicos; todo ello á cambio de himnos en dúo al escapulario y de salves rezadas por el coro devotamente.

No. El teatro de Vallés, Luján y Riquelme, menos sensual que el de los *Bufos*, era, no obstante, una protesta contra la mojigatería ambiente, y además era el primer teatro verdaderamente popular, en donde se pagaba el asiento en monedas de cobre, y el trabajador podía retirarse temprano y el trasnochador entrar á deshora. Era, en fin, el teatro democrático, propio del pueblo que, en las calles, levantaba las barricadas, y en casa reía leyendo el *Gil Blas*, á costa de Marfori, de sor Patrocinio y del padre Claret.

Era yo entonces demasiado niño para conservar de aquel tiempo ideas y sensaciones claras. Recuerdo, no obstante, que el primer efecto que me produjo el nuevo espectáculo *por horas* fué de desabrimiento y disgusto; disgusto y desabrimiento que jamás y en ninguna ocasión ha dejado de producirme el llamado *género chico*. Me pareció aquello algo tocado de grosería, de vulgaridad, y francamente, entre los falsos convencionalismos de Eguílaz y los realismos de los modernos saineteros, yo estaba—y aun no sé si esto era un disparate...—por *La pata de cabra*.

La literatura dramática me parecía que era algo infantil. Así, tanto los melodramas y comedias, de las que ya se llamaban de *tesis*, como las sátiras sociales en un acto, se me antojaban, como la lidia de reses bravas al embajador marroquí, para veras burlas y para burlas veras. No concebía entonces otro teatro sino el que me deleitaba sin hacerme pensar demasiado; pero reflejando con exactitud completa la serenidad de la vida, exenta

de sacudidas trágicas y de chocarrerías, que en mi vida ni se daban entonces ni hoy se dan.

Por eso recuerdo que de aquellos nuevos y celebrados comediantes, el que más conseguía cautivar me era siempre Vallés. Mostrábase en las tablas con asombrosa naturalidad, don artístico inestimable, que de no haber sido más tarde descuidado le hubiera llevado á competir con el gran Romea. Huía de igual manera de los desplantes y de las que hoy se llaman astracanadas. Era justo. Así hacía reír menos que el pobre asmático Juan José Luján; sorprendía menos que el caricaturista Riquelme; pero dejaba su labor un recuerdo mucho más duradero: en una palabra, era artista.

Después, al pasar desde Variedades á otros coliseos, el nuevo género fué transformándose. Desde *Providencias generales á El general y Venus Salón* hay una zanja que no podía saltar Pepe Vallés. Los primeros demolidores ignoran siempre adónde llegará el polvo de las ruinas y acaban por asustarse de su propia labor. Los ídolos después fueron otros: Mesejo, Carreras, Ontiveros, Gonzalito... Vallés sobrevivió a su tiempo. Aun así, no oyó cantar romanzas á la Fornarina y arias á la Monterde.

Desde que se abrió el teatro-café del Recreo han pasado en verdad muchas cosas. No es ya este teatro ó aquel el que se discute: es el teatro mismo. Esta generación, que ha agotado en treinta años más talentos y más ideas que cuantas en la vida le precedieron, bosteza en el coliseo á la hora del *vermouth* y á la del ponche, y acaso acabe por reemplazar definitivamente las décimas de Segismundo y las cuartetos del *Piripitipi*, por la exposición del desnudo ó las luchas de fieras.

El año 74

Si yo fuera uno de esos eruditos que revuelven archivos, rebuscan fechas y comprueban asertos, descubriría ahora el año 74, como hay quien descubre á las trece la catedral toledana, la sierra de Gredos ó el mar Cantábrico. Podría nombrar á todos los ministros del gobierno provisional que sucedió á la hombrada de aquel soldado semiilustre de cuyo nombre ya se olvidó la historia, y aun dar cuenta detallada de toda la campaña del Norte, con más de cuanto fuérame dado hablar en diarios é ilustraciones de la época.

Siento no poder consagrarme á tan lucida y laboriosa tarea. En trueque diré que en aquel año me hice bachiller, lo cual me pareció poner una pica en Flandes, y aun en Roquefort, y hoy me parece haberme hallado á la altura del buen Sansón Carrasco. Aquella ilusión duróme lo que tardé en entrar en la clase del insigne Camús y oír cómo decía acariciando su calva reluciente y sonriendo con aquel gesto de viejecillo socarrón á lo Tackeray:—¡Ah, cuánto bachiller!

Madrid había perdido su aspecto de rebaño aterrorizado. Aun había muchas personas horrorizadas al ver, al volver de paseo, á un grupo de obreiros con el pendón de la Internacional. Pero todo el mundo esperaba ya la vuelta del *príncipe*. Además, un señor gordo, que iba á casa á menudo, lo decía: «En manos de Sagasta no puede durar mucho el poder.» ¡Válame Dios y qué ojo tenía el hi de santa!

Todo era llegar noticias de la guerra. Por entonces salieron los oficiales *sietemesinos*, que hoy

ó han muerto ó esperan el fajín. Sin embargo, no dejaba de divertirse la gente. Arderius estaba ya en el Príncipe Alfonso, y se hablaba indistintamente de Dorregaray y Cucala, ó del pollino de *La vuelta al mundo*. Aunque todavía muy niño, veía yo, por mi carácter romántico, con disgusto el decaimiento del arte dramático. Gustaba de buscar en el teatro y en la literatura, en general, idealidad, y me abochornaba ese gusto de lo pueril, de lo sarcástico, de ese espíritu *gay* que en Francia, su patria, hállase ya—¡por fin!—en las postrimerías. Tras de aquella enemiga á la idealidad, no podía venir sino un tercio de siglo de regresión, de empobrecimiento y de incultura.

Muchas noches nos reuníamos seis ó siete familias en la plaza de Oriente, cuyo jardín central, perteneciente al Real Patrimonio, tenía para el público libre acceso. Adentro, y en las mesetas laterales de la hermosa fuente, cerca del pedestal sobre el cual se eleva arrogante y osada la estatua del rey que lo fué menos, colocábanse las bandas de Ingenieros de Maimó y Squadrani. Entablaron ambas una especie de competencia en que, á poco y en el Salón del Prado, vino á terciar Chapi con la banda de Artillería. Eran los tiempos cándidos de la *overtura de Poeta y aldeano* y de *La caza del joven Enrique*. Aun no había el *modern style* penetrado en la música. Con mis quince años no cumplidos requebraba yo y aun requería de amores á una bellísima muchacha de diez y ocho, y juro no haber puesto jamás tanta pasión en empeños análogos. Lo cual no obstaba para que, á lo mejor, escapara á comer bartolillos en el puesto de la aguadora, recatándome para que mi enamorada no se percatase de mi gula infantil.

Un trozo musical escuchábamos todos con reli

gioso y profundo silencio. Se titulaba *El cuarto sitio de Bilbao*. Se oía la campana que avisaba de la llegada de las bombas, la corneta reclutando á los defensores, luego el estampido lejano de los proyectiles homicidas. Al cabo se oían ecos de alegres clarines, gritos de júbilo. Llegaba el ejército liberador y un coro cantaba con tono entre alegre y reposado:

Salid, niñas bilbainas,
de almacenes y lonjas,
ahora que los carlistas
no tiran bombas.

Aquello sería amanerado, ridículo, pero impresionaba á todo el mundo. Aun estaba sin resolver el pleito perdurable entre el absolutismo odioso y la libertad redentora. Se había vertido demasiada sangre para reír. Yo me descubría, sin pensar en que el absolutismo es algo más durillo de exterminar de lo que parece.

En la prensa brillaba ya la pluma gloriosa de *Fernanfior*. La tribuna resonaba todavía con la voz soberana de las Constituyentes. Había en las gentes alegría, que justificaba el presupuesto de entonces y el florecimiento del comercio y la industria. Además, las señoras que habían visto á los *francos* en la plaza Mayor podían respirar libres de susto. Ya no había francos. Ahora los hay menos.

El riesgo de un viaje por regiones infestadas de foragidos, retuvo aquel verano en Madrid á las gentes adineradas. La aristocracia conspiraba... y se divertía. Los espectáculos fueron como nunca aparatosos. No hicieron falta toldos, ni cafetines al aire libre, ni excursiones á la húmeda orilla del río, para que la estación veraniega pareciera en Madrid á todos deleitosa. Por mi parte, tuve en